



Tanya y la dialéctica adaptativa de la pasión romántica y el apego seguro¹

Malcolm Owen Slavin, Ph.D.²

Instituto para el Psicoanálisis de Massachusetts, MIP

Mi trabajo analítico con Tanya servía para ilustrar - con un ejemplar individual, único y brioso - un conflicto humano omnipresente: de qué manera la pasión erótica puede ser vivida como algo intrínsecamente discordante con otros vínculos y valores humanos. En cualquier cultura, a lo largo de la historia, podemos encontrar expresiones de esta tensión entre el Eros apasionado y otras formas de amor.

Mi visión clínica conlleva una apertura a una multiplicidad de perspectivas analíticas, incluyendo las perspectivas póstumas de Mitchell en *Can Love Last?* (*¿Puede Durar el Amor?*). Adicionalmente, utilizo la perspectiva de la biología evolucionista como punto de referencia para comprender las luchas y conflictos de pacientes como Tanya, así como algunas cuestiones importantes sobre Eros y el apego. Mi hipótesis es que algunos aspectos románticos del Eros pueden haber evolucionado, a lo largo de la filogenia de nuestra especie, como parte de un complejo sistema psicológico diseñado para hacer frente a algunas ansiedades y vulnerabilidades existenciales del ser humano, así como una forma de desafiar la tendencia humana a sobre-adaptarse a la subjetividad del otro.

Palabras clave: Pasión Romántica, Apego Seguro, Biología evolucionista, Psicoanálisis

My analytic work with Tanya illustrated one unique, heightened, individual version of a pervasive human conflict: the way in which erotic passion can be experienced as inherently conflicting with other relational bonds and broader values. In virtually every culture throughout human history, we find expressions of this tension between passionate Eros and other forms of love.

My clinical approach entails an openness to multiple analytic perspectives, including Mitchell's posthumous views in *Can Love Last*. In addition, I make use of a sensibility informed by evolutionary biology as a vantage point for understanding the individual struggle of patients like Tanya, as well as illuminating some of the larger issues about Eros and attachment. I suggest that romantic aspects of Eros may have evolved as part of a complex psychological system designed to deal with specifically human existential vulnerabilities and anxieties, as well as a way of challenging the inherent human tendency to over-accommodate to the subjective world of the other.

Key Words: Romantic Passion, Secure Attachment, Evolutionary Biology, Psychoanalysis.
English Title: Tanya and the Adaptive Dialectic of Romantic Passion and Secure Attachment

Cita bibliográfica / Reference citation:

Slavin, M.O. (2009). Tanya y la dialéctica adaptativa de la pasión romántica y el apego seguro. *Clinica e Investigación Relacional*, 3 (2): 281-306.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

“El flirteo no tiene por qué ser una forma pobre de hacer algo mejor, sino una forma diferente de hacer algo diferente... Desmontar preferencias y prioridades puede aumentar nuestro repertorio de historias porque les permite un nuevo espacio”.

Adam Phillips, *Sobre el Flirteo*

El dilema de Tanya

La vida se estaba tornando insoportable para Tanya. Mujer de 33 años, atractiva, muy creativa y directiva en un departamento de marketing, Se veía envuelta en numerosos e intensos flirteos así como en algunos “ligues” durante años en los que viajaba mucho por trabajo y luchaba para construir una brillante carrera profesional con grandes empresas internacionales de arte. En casa, esperando, estaba Rob, un científico e inventor por cuenta propia; hombre asiático que conocía de hace años y que deseaba intensamente casarse con ella. “Es uno de los pocos hombres en el mundo en el que puedo confiar” solía decir; “alguien que realmente entiende lo que digo. El sexo con él es bastante bueno y aunque me siento como atrapada cada vez que pienso en el matrimonio, al final siempre me siento comprendida e incluso libre con él”

Sin embargo, recientemente, Rob ha comenzado a presionarla para que tome una decisión sobre el matrimonio. “Tú sabes” Tanya me decía: “Este parece el final de mi vida. No puedo ni quiero dejarle pero... el matrimonio...”

“Parece una muerte psíquica” Yo agregué.

“Eso es” Tanya replicó con gran emoción. “Sí, esos flirteos, o como quieras llamarlos, son experiencias muy importantes para mí, más allá del contacto sexual *per se*, lo cual, como te puedes imaginar, nunca es la parte más importante... aunque a veces ocurra. No puedo imaginarme viviendo sin esto”.

Tanya se describía a sí misma como resolviendo las cosas sobre la marcha mientras su *self* responsable estaba en acción, hasta el momento en que algún hombre interesante la empezaba a intrigar, a hechizar, a doblegar un poquito. En la mayoría de los casos, la experiencia de flirteo parecía liberar alguna parte muy poderosa y creativa de ella. Tanya articulaba esta experiencia de una forma muy mordaz y sugerente:

“Lo que siento a menudo es como un estado de asombro... una especie de sentimiento de *rendición*, pero no exactamente ante el tío... sino quizá ante mí misma... realmente, ante algo, cierto lugar, más allá de nosotros dos... a lo mejor es Dios... por estúpido que le suene. A veces, un posible flirteo puedo sentirlo como el viento en mi piel cuando corro, mostrando mi figura... quién soy. La vida sin flirteos estaría vacía”.

Invariablemente, cada flirteo concreto terminaba perdiendo su atractivo. A veces se disolvían en irritabilidad, menoscabando la creatividad de Tanya y arrastrándola a “luchas embarazosas e idiotas” por haber estado obsesionada con un hombre en el que, en última instancia, no tenía interés.

Las tensiones entre el Eros Romántico y el Apego seguro

El dilema de Tanya representaba una versión única y particular de un omnipresente conflicto humano. Desde que imaginamos la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén, debido a la curiosidad sexual de Eva, su historia ha sido nuclear en la narrativa occidental sobre cómo la pasión erótica a menudo entra en conflicto con otro tipo de relaciones, otros valores y con la misma autoridad. Desde el Simposio de Platón, pasando por Shakespeare, Freud y Foucault (y recientemente el libro de Mitchell *Can love last?*), la pasión romántico-erótica se configura como el aspecto de la naturaleza humana que más trasgresor deviene. Eros es descrito como dispuesto a traspasar barreras, desestabilizando lo convencional y desafiando, como en Romeo y Julieta (entre otras incontables versiones conocidas de la literatura), la autoridad parental y social.

En el Génesis, la tensión en torno a la sexualidad es vinculada específicamente a una curiosidad prohibida, a un deseo de probar el fruto del árbol del conocimiento. El tabú, categorizado como el conocimiento moral de lo “bueno y lo malo”, no sólo incluye el propio conocimiento de nuestra pasión potencial sino, vinculado con ello, un conocimiento básico acerca de nuestra identidad humana: el modo en que somos una parte diferenciada, y en alguna medida incongruente, de la naturaleza. El Dios del Génesis reacciona explosiva y punitivamente cuando nos separamos de la armonía natural preexistente, del pacífico encaje con el resto de la Naturaleza de Su Jardín. La consecuente expulsión del Jardín – el amanecer de la condición humana como la conocemos - es de este modo ampliamente atribuida, de forma acusatoria, a la búsqueda de conocimiento contenida, profunda si bien engañosamente, en el deseo de Eva. Nuestra total separación del resto de la naturaleza, la propensión al conflicto interno, al sufrimiento y a la pérdida, y la conciencia de la muerte - en definitiva, nuestra condición existencial - es explicada como una emanación de la naturaleza intrínsecamente transgresora de Eros, especialmente en su forma femenina, y la recíproca vulnerabilidad masculina a su expresión, fácilmente provocada..

Aunque la narración y “explicación” concreta de sus orígenes varía virtualmente en cada cultura, a lo largo de la historia de la humanidad encontramos versiones del mismo supuesto potencial, siempre presente en el Eros humano: la tensión, o quizá la oposición, entre el deseo pasional y (lo que es culturalmente definido como) alguna forma de vínculo socialmente aceptado, seguro y leal; entre el aspecto romántico-erótico de nuestra naturaleza y las formas más domadas y domesticadas de amor humano (Jankowiak y Fischer, 1992).

En este ensayo nos adentraremos, con cierto detalle, en la historia del análisis de Tanya por un periodo de bastantes años. Clínicamente haré uso de múltiples perspectivas psicoanalíticas, especialmente la versión de la teoría de la intersubjetividad (Stolorow et. al, 2002) que se apoya bastante en la psicología del *self* y en las versiones más dialécticas de la intersubjetividad en la teoría relacional contemporánea (Benjamín 1995, 2006; Mitchell, 2002). En este contexto, tocaré algunas cuestiones permanentes que emergen sobre el Eros desde las perspectivas más clásicas freudiana y kleiniana y en relación con las pulsiones y el conflicto de Edipo. La teoría freudiana - la teoría de la libido y el mito de Edipo – representa, después de todo, no sólo el paradigma psicoanalítico clásico sino también una de nuestras visiones culturales más abarcativas del choque entre Eros y el orden social (Brown, 1959; Marcuse, 1955; Rieff, 1959).

A través de este ensayo también intentaré ofrecerles una aproximación sobre lo que

llamaré mi “sensibilidad psicoanalítica evolucionista”: la forma en que utilizo como perspectiva – en realidad como una *plataforma*, un lugar separado donde colocarme - un modo evolucionista biológico de pensar la naturaleza humana, que me permite tomar seriamente estos modelos psicoanalíticos, pero, todo sea dicho, *no demasiado seriamente*. Una actitud acerca de la mente y el corazón que me permite utilizar múltiples modelos teóricos como partes de un “todo” más amplio: modelos que nos ayudan a captar aspectos de algo mucho más amplio que vive dentro de nosotros y de nuestros pacientes; las escurridizas y ambiguas luchas por la adaptación y los fragmentos de una percepción intuitiva innata que engloba algo que, para mí, representa nuestra mejor conjetura actual acerca de la evolucionada naturaleza humana que compartimos.

Espero asimismo mostrar cómo esta sensibilidad biológica evolucionista nos ayuda a afinar en la comprensión de las más amplias luchas adaptativas humanas, entrelazadas con “síntomas” tan dolorosos como los de Tanya - patrones que corremos el serio riesgo de malinterpretar si nos centramos (como a menudo hacemos) en la patología aparente. Intentaré ilustrar cómo era útil a menudo aproximarse a los miedos de Tanya en términos de los elementos de verdad que contenían, no sólo en relación con su propia experiencia subjetiva, sino también en función de ciertos aspectos universales de la realidad y hacia los cuales su intensa capacidad de visión le proporcionaban (y a nosotros, si lo atendíamos) un acceso inusual, aunque atormentado. Trataré de explicar por qué, a mi entender, fue vital reconocer y responder a la necesidad de Tanya de conocer a su analista – conocerme en mi alteridad, separado de ella - y me aventuraría a pensar que cuando esta necesidad de saber no es reconocida (o simplemente es tratada como el “fruto prohibido” del encuadre terapéutico) el tratamiento mismo puede inducir el tipo de vínculo terapéutico que terminamos denominado “transferencias eróticas regresivas e intratables”.

Terminaré proponiendo que nos miremos en el espejo de la teoría evolucionista contemporánea. Creo que lo que veríamos es que el Eros puede haber jugado un papel decisivo, existencial y relacional, en los desafíos adaptativos que todos afrontamos como seres humanos. Podemos considerar que un elemento del Eros vive en nosotros como un potencial evolutivo innato, un potencial adaptativo que trasciende sus conexiones esenciales y obvias con la reproducción sexual: esta función – a la que llamaré el “otro tambor” - puede servir para protegernos de la omnipresente vulnerabilidad humana (en todos los entornos, no importa lo buenos o compenetrados que sean), vulnerabilidad a quedar “sobre-socializados”, de sobre-adaptarnos en exceso psicológicamente a los mundos subjetivos e identidades de los otros, aquellos de los que tenemos una necesidad vital. Proseguiré más adelante con esta idea. De momento sigamos con Tanya.

El comienzo de la relación analítica

Con el tiempo me di cuenta de que Tanya experimentaba momentos de angustia muy intensa, de tipo desorganizado, casi pánico, y una gran soledad. Esto solía ocurrir cuando ella se encontraba fuera, viajando por algún lugar del mundo. Estaba al borde de un enorme éxito profesional, y Tanya solía sentirse llena de una inmensa excitación creativa, así como de intensos temores causados por actuar en contextos totalmente públicos y emocionalmente muy cargados. Entonces “descubría” algún objeto masculino nuevo con el que le resultaba imposible no flirtear e implicarse de alguna manera, lo que le permitiría superar con éxito el momento de pánico. Estos encuentros eran vividos como calmantes, que le proporcionaban orden e inspiración. Decía que dudaba de que “ninguna maldita fuerza en el universo” pudiera nunca competir con el poder y relevancia de aquellos

primeros momentos de “tira y afloja en los umbrales de un nuevo ligue”. Siempre flirteaba con hombres de su edad o más jóvenes. Aunque se le solían aproximar también lesbianas y bisexuales, Tanya dijo que había pensado sobre ello en muchas ocasiones pero nunca había querido realmente flirtear o tener relaciones sexuales con mujeres.

Durante meses, las descripciones de las experiencias eróticas de Tanya me parecieron, al mismo tiempo, intrigantemente románticas y perturbadoramente compulsivas. Sus descripciones mostraban claramente que sus flirteos contenían un gran abanico de significados y fantasías personales que iban mucho más allá de la simple noción del placer erótico. Tal como yo lo veía, lo que ella estaba intentando articular sobre estas experiencias parecía requerir muchas formas de organizar el significado derivadas del análisis, con interpretaciones múltiples. La multiplicidad de sus experiencias iba, incluso, más allá de las categorías analíticas con las que yo intentaba contenerlas y organizarlas inicialmente.

No se puede dejar de percibir algo edípico en la historia de Tanya sobre el tormento de una escisión repetitiva entre el amor seguro y el placer culpable de un *ligue* prohibido, fuertemente trasgresor y ambivalente; algo edípico en el sentido de que sus deseos se podían interpretar como la representación del anhelo reprimido hacia un objeto prohibido y esquivo. Más sorprendente aún, al menos desde mi punto de vista, era la forma desesperada en que Tanya buscaba un vínculo con alguien que sirviera claramente como un objeto estabilizador e idealizado – un objeto del self contenedor - en momentos de pánico, que delataban una angustia de aniquilación fragmentadora (como puede haber empezado a sentir también el lector y que después se verá con mayor nitidez). Pero más allá de esto, parecía que Tanya también añoraba una experiencia relacional de realidad, una experiencia sin refinar, genuina y al mismo tiempo espiritual, de “cesión” (*surrender*) (Ghent, 1990) ante algo que estuviera más allá del impulso, más allá del sadomasoquismo, algo más elevado y trascendente que la relación de dos personas; más trascendente que el simple momento de esos encuentros eróticos.

En estos primeros meses de un análisis nuestra mente se ve cruzada por muchos significados alternativos y relatos posibles, al menos de una forma incipiente (en caso de que trabajemos de forma comparativa y no nos casemos con un solo modelo sino que contemos con muchos). Al principio no me convencía ninguno en especial; ninguno en el que quisiera que mi mente quedara atrapada, y por supuesto ningún modelo que quisiera imponer a Tanya. Me sentía mucho más seguro respecto de lo que significaba la experiencia de conexión entre sus momentos de ansiedad abrumadora y sus flirteos; una conexión que, lo mismo con Tanya que con otros muchos pacientes, me encontré rastreando en lo que parecería un examen casi “cognitivo-conductual”. Debo admitir que estaba realmente intrigado acerca de lo que Tanya denominada poéticamente como una dimensión casi trascendental; un tránsito a partir de su experiencia subjetiva de flirteo hacia algo que podríamos llamar el “espacio transicional” (Winnicott, 1951); un lugar al cual también ella se refería de modo poético, pero con una sinceridad evidente, como “estar en presencia de Dios”. Yo pude sentir cómo ella parecía experimentar una intensa sensación de realidad y totalidad en ese espacio prohibido y de límites elásticos; cuánto significado aún inexpresable descansaba en aquel estado “no formulado” (*“unformulated” state*) (Stern 1983) y cuánto sentía ella que ese núcleo de vitalidad estaba vinculado a su modo de concebir las cosas y a su creatividad personal.

Pero también me sentía algo preocupado. Temía que Tanya diera un cambio de rumbo que echase a perder su vida, no sólo en lo que se refería a Rob, sino también, como fue surgiendo, en que los potenciales tan creativos que se reforzaban tan íntimamente en los

momentos de flirteo fueran también minados porque centrara su atención en algún ligue pasajero. Quería comprobar si ella podía controlar algunas de estas escapadas (odio llamarlas “acting out” por el sesgo del término a significados regresivos y patológicos).

Un día me encontré sugiriéndole algo así como:

“Los flirteos parecen estar llenos de significados importantes para ti, Tanya, pero me pregunto si no habrá como alguna especie de “cortocircuito” dentro de ti cuando aparecen esos momentos de pánico; cuando parece que te mueves tan rápidamente para calmarte y estimularte con otro tío. Me pregunto si quieres conocer lo que está ocurriendo *dentro* de ti en esos momentos. ¿Qué es lo que crees que hace de esos flirteos una experiencia tan poderosa y significativa?”

Sabía que Tanya podría estar percibiéndome como un tanto moralizante, incluso crítico. Yo creía (ver Slavin & Kriegman, 1998) que lo que yo estaba sintiendo era cierta mezcla ambigua a partir de mis propias necesidades y de las suyas y que ambos grupos podían diferir e incluso entrar en conflicto. Y que si ella me preguntaba, estaba preparado para reconocer mis preocupaciones, al menos en parte, como propias. Lo que ella dijo, sin embargo, fue:

“Bueno, bueno. Tú sabes... te estoy dando a ti... a este maldito análisis y a mi, una oportunidad”.

De repente, sus palabras me impactaron en el sentido de percatarme de lo abierta y receptiva que estaba hacia mí en estos primeros meses de análisis y de lo mucho que ella se estaba examinando a sí misma. Al instante ella estaba sollozando y de modo sofocado me dijo: “vale pero, te das cuenta de que podría estar intentando cuidarme viniendo aquí... haciendo esto... y *eso* es algo tan *condenadamente* extraño en mí.”

Me emocionó su intensa lucha para confiar en alguien (y en sí misma) y su extrema vulnerabilidad detrás de ese lenguaje tosco. También estaba fascinado con algo vinculado a esa tosquedad: una cierta franqueza, determinación y valor (o brío)³ para penetrar en lo que está escondido tras las fórmulas sociales. Su mente estaba siempre guiada por una expansiva y rica imaginación.

Creo que Tanya se dio cuenta pronto de mis sentimientos hacia ella, en parte debido a mi forma de responder a un largo periodo de intensas risas y burlas hacia mí. Ella examinaba cualquier aspecto mío; mi apariencia un día concreto, y especialmente cualquier detalle u objeto en la decoración de mi oficina – por ejemplo, la arqueología de los montones de papeles de mi escritorio, en equilibrio inestable- como claves ocultas de mi estilo de vida, mis estados de ánimo y mi carácter. Era, se podría decir, un escrutinio desafiante y agresivo. Otros podrían haberlo sentido como algo intrusivo, pero habitualmente ese no era mi caso. Sus observaciones sobre mí, sobre mi hábitat y mi modo de escucha psicoanalítica eran increíblemente sagaces y en algunas ocasiones muy reveladoras. Pensaba que ella tenía la necesidad de conocerme y sentir lo que significaba para mí ser conocido por ella. No era sólo que mis teorías me dijeran esto, también me sentía bastante libre para responderle de forma totalmente abierta y espontánea, aunque siempre de una manera selectiva (y atento a cuando sentía que no me podía mostrar abierto) con ella. Compartía mis pensamientos sobre la “exactitud” (a partir de mi experiencia) de muchas de sus inferencias acerca de mi persona.

Después de cierto tiempo, mientras se encontraba en un viaje de negocios, Tanya me envió por email este sueño:

“Espero que no esté rompiendo las reglas, o algo así, por enviarte este e-mail. Pero quería que escuchases este sueño que tuve: Tú y yo estábamos bailando muy juntos. Sentí que tenías una erección. Miré hacia abajo y me di cuenta que el pene erecto era en realidad mío. Pensé en el sueño que no podía decidir cómo me sentía por esto. OK, hablaremos de esto cuando te vea la próxima semana.”

Tanya vino y me dijo: “Esta debe ser mi forma de decir que me estoy sintiendo más cercana a ti... Un poco embarazoso... Algo típico en mí... ¿Qué piensas?”

“¿Y qué piensas tú teniendo esa erección? ¿Puede ser algo más seguro?” Dije yo.

“Exacto, si es mi erección... quizá puedo controlar las eyaculaciones... realmente tengo el control”

“¿Y tal vez temes que yo no pudiera controlar?” Dije.

“¡Por Dios! Por supuesto que sí. Pero quizá sería peor si tú tuvieras todo el control. No me puedo imaginar qué significa, me asusta pensar lo que es... nunca te hubiera contado este sueño. Pero, Dr. Slavin, ¿no sería desmesurado pensar que el que yo tenga el pene pueda significar que de alguna forma yo soy también responsable de lo que esté ocurriendo aquí?”

“¿Qué quieres decir?” Pregunté.

“No sé. Es bueno sentir que tengo algún papel aquí. Pero segurísimo que tienes mucho poder para ayudarme y seguro que tienes la “cabeza sobre los hombros”, que no te falta ningún “tornillo”.”

“Supongo, dije. Me parece que necesitabas saber quién soy para decidir si puedes confiar en mí.”

“Lo desmonto todo – y a todos – en mi cabeza. Casi todo el mundo en mi vida me ha mostrado que tiene “otra cara”. Todo el mundo, de una u otra forma. Así que, desde luego, en alguna medida siempre estoy esperando al “monstruo” que de pronto también salga de ti. No pareces una persona que tenga que esconderse mucho de sí misma y esto lo hace todo endiabladamente más seguro. Pero nunca estoy segura de nadie... incluido tú... al menos por mucho tiempo”.

He escrito acerca de lo que denomino como “escepticismo adaptativo”, que todos ponemos en marcha ante una relación destinada a influirnos profundamente (Slavin & Kriegman, 1998). En un principio más importante que nuestras maniobras defensivas o resistencias, pienso que nuestro *escepticismo adaptativo* motiva una puesta a prueba inicial (consciente e inconsciente) de las nuevas relaciones en un intento por contrastar en qué medida este “otro” capta y reconoce nuestros intereses principales. El examen que realiza Tanya parece representar este tipo de prueba en su forma más luchadora, burlona y a menudo creativa.

Con el tiempo me di cuenta de que, en términos generales, nuestra relación adquiría en la práctica un cariz de protección estable, debido sobre todo al contrapunto irónico que también llenaba la mayoría de nuestras sesiones: la charla bastante juguetona, a veces burlona y muy espontánea. Tanya tenía muchos sueños eróticos, en algunos de los cuales aparecía yo; en otros ella se encarnaba tanto en cuerpos masculinos como femeninos; disfrutando del sexo desde todas las perspectivas. Las referencias a cierta dimensión erótica en nuestra relación no estaban desde luego ausentes, sin embargo, con los años iban quedando generalmente en segundo plano. Llegué a creer que mi predisposición a aceptar

su a veces avasallador examen y responder a él, sin esconderme, reconociendo la legitimidad de su profunda necesidad de conocer, hizo innecesario, en cierto sentido, sexualizar nuestra relación demasiado intensamente, sexualizar un “saber” prohibido, escondido (que en buena medida representa lo que yo creo que son muchas de las transferencias consideradas eróticas).

Al principio no sabía de su profunda necesidad de “ver” y tener una sensación de realidad de los “otros”. Sólo fue después de más de un año de tratamiento que la historia de Tania se abrió lo suficiente para que nos diéramos cuenta de su profunda necesidad de ver (y ser vista), así como lo que esto significaba en función de su pasado.

El Trauma Adolescente y la “Crisis”

La familia de Tanya atravesó por grandes tensiones cuando ella contaba con 10 años para finalmente llegar al divorcio cuando ella tenía 13 o 14. Cuando era muy pequeña, Tanya recuerda su manita agarrada por la gran mano de su padre, llevándola al colegio. Después, tras varios años confusos, la “mano” de su padre fue “desapareciendo” progresivamente. Dejó la familia para iniciar lo que parecía una nueva vida, más libre e individual.

Tanya continuó viviendo con su madre, que procedía de una acomodada familia canadiense. “Lo ha sido todo para mí cuando era pequeña, aunque peleábamos mucho cuando tenía dos o tres años”, decía. Tanya siempre se enfurecía cuando recordaba lo exasperante que era su madre; lo poco que se fiaba de nadie (de sí misma, de ella y de su padre) y de todo y cómo se engañaba: “sólo cree en lo que quiere creer”. La madre y ella sentían gran amor por los hermanos mayores, pero tras irse el padre, ellos también se fueron, buscando una nueva vida. Entonces a su madre le costaba mucho mantenerse integrada y ella pasó mucho tiempo con niñeras. Tanya sentía literalmente que su mundo se desintegraba.

Durante el segundo año de análisis, Tanya contó sus recuerdos de cómo a los 12 o 13 años se sentaba a la mesa de la cocina con su padre mientras su madre estaba dando vueltas por la casa. Tanya preguntaba a su padre: ¿Qué pasa contigo cuando te vas a trabajar y no estás aquí... adonde vas? ¿Estás en algún sitio?

“¿Qué?” respondía él de modo extremadamente concreto: “Cuando voy al trabajo, estoy trabajando”. La madre se horrorizaba por la locura que creía se transparentaba a través de las palabras de Tanya y le gritaba desde la habitación: “¡No digas esas tonterías!”

Me decía Tanya: “En realidad empezaba a preguntarme si mi padre existía de verdad cuando no estaba en casa” (ella no pensaba en ligues ocultos ni nada parecido). “Era algo muy extraño. ¿Podía desaparecer totalmente del mundo? ¿Existe *alguien* cuando yo no lo veo? ¿Qué demonios somos, aquí atrapados en nuestros cuerpos?” Tanya se tumbaba en la cama e imaginaba la sangre fluyendo por dentro de sus párpados, viendo y escuchando de manera muy minuciosa sus órganos y los vasos sanguíneos funcionar dentro de ella; pensando que veía insectos que se arrastraban detrás de ella, fuera de su campo de visión; a veces diablillos que se arrastraban por el interior de su espalda. Se giraba frenéticamente, pero nunca llegaba a verlos. Las estaciones parecían pasar “en un círculo loco. El tiempo como tal se me hacía terrorífico”. En la lucha a vida o muerte para llevar las riendas de su propia mente, Tanya rezaba para que las cosas “no se descontrolasen violentamente... como si todo estuviese a punto de ser tragado por un agujero imponente”.

Cuando consideré que había recogido bastante de su historia, dije (de modos diferentes y durante muchas sesiones): “Tanya, tu mundo se derrumbó de forma devastadora en aquellos años. Tengo la impresión de que has hecho mucho esfuerzo, emocionalmente, no sólo para mantener cierta cohesión sino también, a tu modo, para imaginar y saber en qué demonios consistía y consiste el mundo... en qué puedes confiar, qué es lo realmente real, especialmente cuando escapa a tu visión, como por ejemplo, tu interior y especialmente las motivaciones, pensamientos y sentimientos de otras personas; por qué demonios tu padre de dejó. Punto”.

Entonces, durante muchas sesiones, yo añadía cosas como: “me pregunto si tu increíble imaginación pretendía dejar la realidad de lado, parte a parte, intentando ver mentalmente todas las cosas que necesitabas esencialmente considerar reales, pero que no se podían ver. Estoy pensando en tus visiones sobre las partes interiores del cuerpo o bien si tu padre realmente existía cuando no lo podías ver. Tal vez estabas apartando en cierta medida las cosas para que al mirar todas las terribles piezas pudieras ver si existía alguna posibilidad, como fuera, de recomponerlas, al menos en tu mente. Parece como si hubieras estado intentando desesperadamente inventar métodos para sentirte más real e íntegra. Seguro que cualquiera que fuese el “pegamento” que mantuvo el mundo cohesionado, ahora ya no lo mantenía. Tuviste que compensarlo lo más creativamente posible con tu propia mente”.

“Dios, esto es bueno” dijo Tanya, “pensar de mí misma que estaba *haciendo* algo durante esos años; quiero decir, no sólo viniéndome abajo. Nadie supo nunca que mi mente estaba trabajando. Nadie me vio”. Se recordaba montada en el asiento trasero del coche cuando sus padres iban delante. Ellos hablaban y ella intenta ver si, escuchando con la máxima atención cada sonido individual, *separado* (los fonemas) que ellos estaban produciendo, hasta llegar a sentir que hablaban una lengua extranjera, incomprendible para ella. ¡Y esto ocurría realmente! Desarrolló la habilidad de desmantelar su lenguaje, rompiéndolo en trozos, y después entrar en pánico porque iba a perder por completo su capacidad de entender el inglés.

Tanya recordó entonces una película sobre investigación de la infancia que vio en un curso y me la describió así: “una madre ha sido entrenada para mirar fija e inexpresivamente a su hijo pequeño, sin movilidad en su cara. Después de quince segundos el niño se empezaba a girar sobre sí mismo y posteriormente se “rompía” en pedazos. Esa maldita cosita. Pero esto me mataba”. Decía llorando abundantemente.

Reconocimiento Erótico y “Regresión” Adaptativa

La presentación que hizo Tanya del experimento de la “cara inexpresiva” (Tronick, 1989) en este momento de nuestro trabajo parecía ser una respuesta al hecho de yo haber reconocido lo que considero una agencia adaptativa tras sus extrañas y terroríficas experiencias de “aniquilación del mundo” [como Atwood, Stolorow, y Orange (2002) planteaban]: El colapso de su mundo subjetivo que siguió a la pérdida de la familia, tal como ella la conocía. Su sensación de que de algún modo yo había visto su agencia – su intento indagador y reconstituyente de desmontar el mundo en su imaginación – con el fin de redescubrir como encajaba todo – hizo surgir el recuerdo esencial, y sus asociaciones, del intento de desmontar el lenguaje hasta los fonemas, sentada en el asiento trasero. Y el horror por el experimento de la “cara inexpresiva” mostró el poder elemental del reconocimiento humano - del ser visto – para mantener unido nuestro sentido de la realidad.

Resulta que las primeras experiencias de Tanya nunca se vieron libres del sentimiento silencioso de decepción que percibió en los ojos de su madre. Parecía como si Tanya careciera de alguna cualidad femenina, delicada y recatada, con la cual su madre pudiera querer identificarse. Sus hermanos mayores parecían poseer una sociabilidad fácil y abierta que su madre reconocía sin problema y veneraba en la misma medida en que ante el carácter singular y verbalmente asertivo de su hija le producía incomodidad. El padre, centrado en sus propias necesidades, durante años rara vez había posado los ojos en su hija. Así, en el curso del análisis se hizo evidente que Tanya, bajo la confusión de esos agonizantes primeros años de su adolescencia, había experimentado el abandono de la familia por parte de su padre como un abandono total y un rechazo hacia ella.

Creo que se puede percibir en mis comunicaciones con Tanya cómo, a veces, su imaginación, que sonaba casi psicótica, representaba para mí no sólo su esfuerzo personal por enfrentarse al trauma, sino también la visión adolescente de una poderosa capacidad humana de adaptación: una capacidad humana innata (evolutiva) para atribuir significados (y mantenerlos), que según creo todos ponemos continuamente en acción para luchar contra el sentimiento universal de pérdida, y en definitiva, de nuestra propia mortalidad. Pensé que la destrucción de la familia de Tanya había sido un trauma que activó una intensa versión adolescente de su capacidad humana para la adaptación. Su lucha para conseguir significado estaba impulsada por la necesidad de reinventar maneras de compensar un mundo subjetivo que había perdido su sentido y su valor. Tanya tuvo que dismantelar apariencias engañosas, separar lo que para ella parecía falso e irreal para poder ver, oír y alcanzar algo que pudiera sentirse como real. Y para eso tenía que crear un contexto relacional en el cual se sintiera mirada y deseada. El sexo y el flirteo adolescente se convirtieron en *la* mejor forma de conseguirlo.

Como Tanya describió: “Es como si los chicos y el sexo comenzaran a hacer por mí lo que el olor de mi madre solía cuando era pequeña. Lo cierto es que ven en mí la mujer que a menudo permanece invisible en mi interior, y [dice en voz cada vez más alta y ondeando un dedo] hombre, si alguien piensa que “ser visto” no es una necesidad básica, tiene un problema”. Recordé cómo me había sentido yo con su necesidad de verme - el yo que estaba presente en mi despacho, en mi mesa, papeles, libros, ropa, gestos - las percepciones e inferencias que parecía necesitar que yo reconociera. Básicamente acepté de buena gana ser visto y descubierto, y creo que a ella la tranquilizaba mi buena disposición a aceptarlo.

Sus flirteos románticos y la experimentación sexual en las relaciones con chicos se convirtieron en la forma más importante de encontrar un poderoso sentido de conexión corporal, reconocimiento y atractivo. Estas relaciones la protegían de caer en el “terrorífico agujero”. Durante todo ese tiempo, su imaginación estuvo trabajando radicalmente en modo “regresivo” para ver lo que estaba oculto, para aferrarse a la vivacidad del cuerpo y el alma, e inventar un marco de significado y valía personal.

Como pudimos ver, la pasión romántica en el contexto de los flirteos prohibidos se había convertido en un vehículo erótico capital para mantenerse físicamente viva, y para calmar los terrores de aniquilación de la adolescencia. A pesar de sus costes psicológicos, se mantuvo como una de las pocas fuentes fiables de bienestar y sensación de conexión con un sentido amplio y expansivo de su propio rol agente y con la esperanza de que la vida pudiera tener significado.

Pocos años después de comenzar el análisis Tanya aún fantaseaba con y deseaba el romance de sus flirteos. Se implicó con interés en la descripción de su vida que habíamos

creado juntos, en la cual lo erótico comenzó a tener mucho más sentido en relación con su historia vital. Y prácticamente dejó de poner sus fantasías en acto.

La consolidación del sentido de sí misma y del rol agente personal

Es nuestro tercer año de análisis.

Como diría Tanya “El flirteo sigue siendo un problema. Pero creo que tengo muchos otros trabajos que hacer... desarrollar algunas partes en mí, partes de mi *cerebro*, creo, que tuve que desatender en el pasado.” Deja su trabajo con la idea de cambiar a una forma más creativa de consultoría por cuenta propia. Ha conseguido suficiente dinero para mantenerse (e incluso, en cierta medida, también a Rob) y decide pasar un año yendo a clases de ese tipo de “ciencia dura” al que antes tenía miedo. Rob seguía dispuesto a tomar una decisión sobre la cuestión del matrimonio. Parecía que entendía y respetaba lo que Tanya intentaba hacer con su mente - con su cerebro - para sí misma.

Durante el tiempo en que estuvo trabajando, en la práctica, en lo que pensaba que correspondía a su cerebro derecho (queriendo decir “no-verbal”), Tanya tuvo un sueño que nos causó gran impacto. Sueña que toda una manada de caballos está corriendo por su dormitorio. Giran en un ángulo perfecto de 90 grados. Con total facilidad, perfectamente sincronizados, pata con pata, de forma fluida y poderosa. Una gran fuerza, pero tan sutil y fluida que no molestaban en la habitación. “Parecían muy reales y de algún modo muy sexuales,” nos cuenta, “pero lo más importante es que sólo yo podía verlos. Algo me hace decir que esto ocurría fuera y dentro de mí. Animales enormes y milagrosos que fluyen como el agua... creo que sentí que estaba en presencia de Dios.”

Tanya y yo llegamos a considerar que el sueño transmitía algo fundamental sobre su estado general - un producto de su mente dormida que, con un conjunto de asociaciones muy intensas y viscerales, parecía lo que se ha llamado un “sueño sobre el estado del self” (Fosshage, 1995). Tanto Tanya como yo sentíamos que la experiencia del sueño de los caballos parecía una señal del comienzo de un cambio interior palpable sobre la forma en la que estaba llegando a experimentarse a sí misma en un nivel muy profundo. Ella sentía que estaba accediendo a un poder superior a ella misma, a una cualidad de vivacidad tanto mental como corporal que ella verbalizaba como “algo como la fuerza de mi propia *visión*.”

Un día, por la misma época, en medio de una montaña rusa de ansiedades y fantasías con nuevos flirteos, Tanya me dijo que, por alguna razón, había estado pensando mucho sobre una escena de una vieja película, una película que la había embrujado desde la primera vez que la vio: Un gángster rico y anciano, interpretado por Jack Nicholson, que sólo se sentía excitado sexualmente por un tipo especial de prostitutas, de pechos grandes, que le realizaban sexo oral y que le decían las mismas frases ritualizadas cada vez. La sesión está a punto de acabar y no puedo resistir el subrayarle: “Tanya, espero que oigas esto tal como yo pretendo, ¿pero no piensas que Jack Nicholson es quizás, de algún modo...?”

“¿Como yo? ¿Y la puta de tetas grandes es uno de mis chicos?” Termina mi frase mientras se va. Me doy cuenta de que estoy tenso antes de la siguiente sesión, inseguros de cómo ha interpretado mi comentario. “Cuando me fui,” dice, al principio de la siguiente sesión, “por alguna razón, comencé a pensar sobre esa idea extraña, extraña. No puedo explicarlo de otro modo. Era una sensación de, estoy aquí... estoy aquí... estoy aquí.” Vacilante, intentando poder captar lo que intentaba decir, lo traduzco por algo así: “¿Un

sentimiento de que tú... existes?

“Quiero decir que me encontré a mí misma sintiendo que tenía algo que decir en mi vida. Es extraño porque creo que es mi vida la que me vive a mí, repitiendo cosas sin control. Pero en vez de volverme loca con esa horrible decepción, comienzo a sentir - no sé por qué - que puedo *influir* en mi vida.”

Tomándolo todo junto, su compromiso con el trabajo sobre “el lado no familiar de [su cerebro,” su sueño milagroso con la manada de caballos y el sentido emocionalmente vibrante de que ella estaba “aquí”, presente, viva en su propia piel - y de que ella, como el personaje de Jack Nicholson, había estado viviendo un ritual - parecía señalar cómo algo nuevo estaba cristalizando en el mundo subjetivo de Tanya. Hay un sentido visceral de “presencia” que Tanya relaciona con la fuerza de su propia “visión”.

Los sueños y los momentos intensos de claridad en el análisis a menudo señalan cambios internos que sólo posteriormente se manifiestan en acciones y elecciones. Hasta este momento, los años de análisis habían girado, en primer y principal lugar, en torno a la creación de una relación en la que la experiencia de sí misma aceleraba su crecimiento y consolidación. En el contexto de este sentido expandido y más flexible de su propia visión, entrarían más aspectos del presente a formar parte del terreno de lo para ella visible.

De vuelta al presente con los ojos más abiertos

Tanya comienza a hacer visitas a su padre que hace mucho volvió a casarse. Aunque él le da la bienvenida a su estilo, “ahora me doy cuenta,” dice ella, “que evidentemente yo lo mistifico y siempre lo he hecho. El problema es que ha sido un “punto en blanco” raro, presente y ausente al mismo tiempo, un extraño vacío presente durante toda mi vida. Intentar pensar en mi padre siempre ha sido, ya sabes, un poco como intentar mirar al sol.”

En casa la vida con Rob sigue siendo cómoda, incluyendo, como siempre, una relación sexual suficientemente buena en esencia. Pero lentamente, Tanya y Rob parecen pelear más. Tanya siente que quiere saber más cosas sobre Rob y su vida, y él sobre ella, cosas que son dolorosas y difíciles de ver y aceptar sobre el otro. “No me importa lo que digas, ahora sé que ocurre con todo el mundo, con Rob, todo el mundo es realmente un extraño y de algún modo da miedo... es peligroso cuando está cerca. La mayoría del tiempo no *podemos* mirarlo. Y simplemente la idea del sexo, a veces es también... piénsalo, ¡parte del cuerpo de alguien está *dentro* de ti! Nunca pensamos en eso porque, bien, realmente no lo podemos pensar... A veces, ahora, mi gran miedo, francamente, es simplemente tener que *cerrar los ojos* ante Rob - lo cual es inseparable del hecho de su cerrar los ojos ante mí - y que yo no quiera ver más cosas. Me gustaría morirme si perdiera eso. Para mí, ser creativa significa realmente ver cosas.”

Rob nunca se ha preocupado demasiado por vivir en la práctica de sus inventos científicos, y Tanya le confronta repetidamente con su despreocupación cuando, por otra parte, afirma que quiere tener una familia. En el fondo, a Tanya desde hace mucho este tema la ha preocupado, pero nunca lo había cuestionado de forma tan abierta y directa. Siente que está desafiando a sus miedos y culpas ante el hecho de molestar a Rob, quizás por perder el centro de su mundo, construido sobre la devoción segura de él. Durante el año siguiente me parece que Tanya comienza a ver más aspectos de Rob (fantasías sexuales, vulnerabilidades con las personas) que ambos habían mantenido en secreto. Él parece sensible hacia ella y carga con más responsabilidad. “No importa cuánto pánico me pueda entrar a veces, él no intenta decirme – ya sabes - que no hay ninguna araña o demonio

detrás de mí. Parece como si supiera que siempre hay, en potencia, algo peligroso detrás, en cualquier momento de la vida.”

“Y” añadió, “por eso confías en él.”

“Bueno, sí. Y, siendo realista, ¿dime con cuántos hombres puedes mantener una conversación y no sentirte sola?” No mucho después, un día Tanya recalca que ya ve de qué va todo este maldito análisis: “Debo buscarme nuevos problemas.”

Poco después Tanya y Rob deciden casarse y disfrutan un montón de su boda.

Eros y trasgresión: La búsqueda de significados adicionales

Creo que fue útil para Tanya y para mí orientar nuestro trabajo alrededor del significado del flirteo como medio de auto-restablecimiento, ante el fracaso de la familia para proporcionar el reconocimiento necesario en la infancia (y, de forma dramática, en plena adolescencia). También estoy convencido de que mi esfuerzo por permanecer sintonizado, de forma consistente y empática, con su experiencia subjetiva y el hacer hincapié en el profundo anhelo de plenitud y crecimiento de algunos de sus pensamientos y sentimientos más “locos” nos ayudó a crear una relación en la cual su experiencia subjetiva se hizo más flexible y coherente.

Opino que mi uso de lo que he podido incorporar de la sensibilidad propia de la psicología del self (Kohut, 1977, 1984; Ornstein & Ornstein, 1985) — y, especialmente, en el marco más amplio de su primo intersubjetivo, (Stolorow, Brandchaft y Atwood, 1987) — nos permitió crear significados útiles (y prácticos) con que abarcar la mayoría de su fragmentada experiencia (y para guiar nuestra relación). Aún así, estos paradigmas se mostraron menos útiles a la hora de explicar el poder del elemento de *trasgresión* y sus significados, para Tanya y como fenómeno humano más amplio. Se necesitó una red teórica más extensa para explicar la calidad y el encanto de la experiencia del flirteo; especialmente los significados increíblemente brillantes, esperanzadores e incluso, trascendentes, la persistente intensidad del deseo de trasgresión y sus a veces desgarradoras tensiones con el apego.

En términos generales, las perspectivas que derivan del paradigma de la psicología del self ven las transferencias eróticas y otras formas de “pulsionalidad” como productos de desecho de una experiencia fragmentadora del self (Kohut, 1977). Los conflictos de la pasión y el amor *no* tienen su origen en los deseos reprimidos y *subversivos* que desempeñan un papel en prácticamente todo pensamiento analítico derivado de los paradigmas freudiano y kleiniano (y de la psicología del yo). Las tensiones en relación con el Eros y su choque con otros valores y vínculos son vistos como intentos de auto-regulación frente a una respuesta paternal poco acogedora (o demasiado acogedora) ante la seducción y curiosidad natural del niño (Kohut, 1977; Stolorow, Brandchaft y Atwood, 1987). Desde este punto de vista, los conflictivos elementos subversivos/agresivos presentes en la sexualidad fácilmente se convierten en síntomas - subproductos de anhelos sexuales normales que se han visto frustrados. A un nivel muy básico, este punto de vista analítico tiende a ver las tensiones en la vida erótica entre la pasión y el amor como quizás omnipresentes pero, por muy extendidas que estén, como síntomas esenciales de patología en el self. Implícitamente se asume que la sexualidad humana incrementa de forma natural la experiencia positiva de sí mismo y la relación con otras personas. El Eros se convierte en conflictivo o subversivo sólo cuando sirve como compensación ante una incapacidad

primaria para mantener y regular la vitalidad y estabilidad subjetiva.

Desde ese punto de vista amplio de la psicología del self, nuestra idea de una tensión universal y fundamental entre el Eros y el apego podría ser vista como la aceptación tácita de la tendencia propia de las narrativas freudiana y kleiniana por cosificar la *experiencia* de un choque entre el deseo individual y las normas sociales, en un rasgo fijo de la “mente aislada” individual. Desde esta perspectiva es difícil separar el esfuerzo por tratar lo que podría estar cerca de una experiencia humana universal de la tensión entre Eros y el apego, de lo que es encuadrar esta experiencia en términos de las pulsiones freudianas o de las fantasías innatas y conflictivas kleinianas. En resumen, algunas de las cuestiones más amplias que han dado forma a este ensayo sobre Tanya prácticamente desaparecen, el problema de la escisión entre la pasión y el apego, el especial poder erótico de la trasgresión,. En estas narrativas de la naturaleza humana, las tensiones que estamos explorando podrían ser totalmente subsumidas en la amplia categoría de la patología del self.

Pero, tal como yo lo veo, una atención cercana y empática a la experiencia de Tanya apuntaba persistentemente al atractivo especial y la alquimia presentes en el acto de traspasar los límites; el aura de la pasión prohibida, la cualidad única, mágica y erótica conectada con el transgresivo y de algún modo escandaloso acto del flirteo. Al intentar sumergirme en su experiencia – intentando *no* reducirla a los confines de ninguna teoría – yo reconocía una y otra vez que ella me estaba contando las formas en las que el flirteo iba más allá de saciar las ansiedades profundas y arcaicas sobre las realidades de la existencia: también la llevó a un lugar trascendente, un lugar que ella caracterizó como “el lugar más cercano a un sobrecogimiento religioso.”

A pesar de que el “jugar con los límites” del flirteo le proporcionaba un apoyo frente a una soledad terrorífica, claramente parecía que también abrió y permitió la explotación de algo más grande, quizás un manantial vital de esperanza, capturando repetidamente lo que ella llamaba “un sentido de asombro” ante la vida. Al mismo tiempo, tendía a disolverse en un círculo repetido de vergüenza con la repentina caída del idealizado objeto del flirteo. Los flirteos acabaron por distraerla, desviando y limitando su expresión creativa, suprimiendo su capacidad de sentir placer en sus logros. Todo este ámbito de experiencia parecía requerir niveles explicativos adicionales por encima y más allá de lo que habíamos descubierto en la dinámica central profunda de la supervivencia psíquica y la auto-restauración. ¿Por qué el lado apasionado de Tanya se veía atrapado tan a menudo por la *trasgresión*? ¿Por qué estaba ello tan escindido respecto de la experiencia de relacionarse con Rob?

Narrativas conflictivas clásicas (edípicas)

En líneas generales, las narrativas psicoanalíticas clásicas lidian directamente con las tensiones entre el Eros y el apego. Efectivamente, el tropo clásico localizaría la preocupación de Tanya con las repetidas transgresiones de su fantasía en un esquema teórico más amplio que finalmente enmarcaría las tensiones entre el Eros y el apego como un destino innato y trágico (Freud, 1927; Brown, 1959; Marcuse, 1955).

Siguiendo este camino analítico nos preguntaríamos si Tanya se estaba viendo atrapada por un patrón inconsciente que estaba viviendo fuera, como si dijéramos, en su vida consciente ¿atrapándola en una repetición del acercamiento irresistible y de la retirada culpabilizada de su siempre elusivo padre edípico? ¿Era él, quizá, el padre que su madre perdió y que Tanya, leal a ella, nunca pudo poseer? ¿Era un guión edípico inconsciente que

condenaba a Rob inevitablemente al papel del hombre seguro (a costa de una pasión mayor) en una visión femenina de la separación entre la Virgen y la prostituta?

En términos kleinianos, ¿esta trasgresión edípica – y los miedos destructivos y demonios que la precedían y rodeaban – significaba que Tanya sentía que ella había destruido a su familia con la intensidad de sus necesidades y de su rabia? ¿Intentaba de forma compulsiva poseer el pecho amoroso que necesitaba, mientras intentaba controlar su destructividad oculta en sus repetidas seducciones y transgresiones? ¿Eran estas tensiones inconscientes alrededor de lo reprimido y lo prohibido – en cualquier apariencia clásica o kleiniana en que se pudieran mostrar – la clave del tema más general de la escisión entre el Eros romántico y la vinculación segura?

Sin lugar a dudas, Tanya reconoció que seguía atrapada en un anhelo ambivalente por tener un padre “edípico”; es decir, el padre idealizado que nunca pareció reconocer realmente a Tanya y que después desapareció de su vida. Y su acceso intuitivo a su experiencia interna le decía que en sus encuentros eróticos estaba en juego algo más grande que dos personas; algo que en su imaginación iba mucho más allá que las dos personas involucradas. Lo cierto es que los flirteos la mantenían en el doloroso límite vivencial del hallazgo, ganando y, quizá, perdiendo otro hombre evanescente, de un modo cargado por la vergüenza y la culpa y que debía seguir disociado del resto de su vida amorosa.

Nuestros intentos de conversar sobre estos motivos y significados a veces eran evocativos por momentos. Un breve pero intenso sentido de significación emergía a veces alrededor de dichas narraciones explicativas de amplio alcance. No sólo estaban en consonancia con las funciones de objeto del self propias de un flirteo, vitales en la reducción de la ansiedad, sino también con las cualidades especiales del placer huidizo, el castigo y la inhibición, inherentes en la estructura de la experiencia de trasgresión.

Aún así esta forma de narrativa edípica, como los flirteos en sí mismos, *perdieron* su convincente promesa según la fuimos explorando más detenidamente. Lo que regularmente emergió fue un tema que estaba mucho más cerca del corazón de Tanya y de su idea de lo que sentía como profundamente real: es decir, el conmovedor descubrimiento de que lo que había perdido con su padre la había dejado con el miedo inquietante de repetir esta pérdida al confiar de forma demasiado abierta en cualquier nueva relación; incluso en la que tenía con Rob. En este sentido, el “terror a la repetición”, como Ornstein (1974) lo planteó, eclipsaba habitualmente cualquier elemento relevante de la subjetividad que pudiéramos encontrar en una compulsión culpable por repetir temas conflictivos.

Aún así, había una compulsión, si se quiere, a repetir, una intensa atracción hacia ciertos aspectos transgresivos de lo erótico. Tanya llegó a describir un aspecto de su experiencia con el flirteo como una forma de aproximarse y de acercarse intensamente a un hombre que es un extraño y, en cierto sentido, familiarmente peligroso. Dentro de los diferentes significados había imbricado un intento por poner a prueba, por comprobar el territorio de la cercanía, sentirlo y sobrevivir a él, una y otra vez, por conseguir algo que había echado de menos, sin tener que comprometerse o involucrarse demasiado.

Parecía *faltar* algún tipo de flirteo en la relación de Tanya con su padre. Como dice Adam Phillips (1994), “no es sorprendente que el flirteo – el arte de convertir la ambivalencia en un juego, el arte irónico de convertirla en placer (o al menos en una excitación) comience en la infancia. El flirteo es, de alguna manera, algo que todos los niños pueden hacer con sus padres, asumiendo que los padres mantengan la prohibición edípica. Y al hacer esto,

cultivan en sus hijos el sentido de las diferentes formas del self posibles y futuras.”

Tanya echaba de menos dicho juego edípico con su padre, y su desaparición definitiva de su mundo infantil. En la relación analítica surgió cierto juego de flirteo, menos como una repetición de algo prohibido que como la co-creación de algo nuevo – como el “uso” en el sentido de Winnicott (1969), del flirteo para hacer al objeto (yo mismo) más real.

“Por encima y más allá del ridículo hecho de que te estoy pagando por esto, “ Tanya subrayaría de alguna manera en muchos momentos, ”al menos conmigo parece que simplemente eres una persona condenadamente menos egocéntrica que mis padres.” La forma tan juguetona y burlona que tenía de ponerme a prueba – junto con mi forma de aceptarlo y de responder a ello – ocupaba un lugar central en nuestra interacción. Parecía decisivo, igualmente, que yo reconociera regularmente la exactitud de sus observaciones e inferencias sobre mí. Algunas veces se refería a esto un poco como “un flirteo, un flirteo seguro, en el cual tu me cuentas tus experiencias en relación con lo que estoy pasando, y donde puedo ver que estás realmente intentando no actuar como un loquero conmigo.”

No hay duda de que me relacionaba con Tanya de un modo empático, que normalmente privilegiaba sus significados subjetivos y esfuerzos adaptativos. Esto le permitió experimentar un grado de seguridad, de fiabilidad sobre mí como persona y una sensación de “ser vista” en nuestra relación. Este reconocimiento básico contrastaba de forma notable con la mayoría de lo que había experimentado con sus padres. “Parece que nunca piensas que mis rollos sexuales son una locura, aunque sepas que son una cagada. Jamás intentas decirme que algo de lo que tengo miedo no existe.”

Sin embargo, el énfasis en la seguridad y el reconocimiento capta un aspecto totalmente relevante de nuestra relación, que estaba presente desde el principio. Creo que la aguda observación de Tanya hacia mí “intentando no actuar como un loquero con ella”, significaba verme luchando simultáneamente para responder de forma espontánea, abierta e ingeniosa ante sus necesidades y con mi propia necesidad de mantener y afirmar mi apego con el marco analítico. En ese sentido estábamos, en nuestras bromas, poniendo en acto (*enacting*) lo que algunos analistas podrían ver como un drama edípico, por cuanto Tanya estaba desafiando claramente, compitiendo con y probando mi forma de responderla desde los límites mismos del marco analítico. ¿Fue el placer que yo sentía ante sus intentos de ponerme a prueba y mi forma de responder a ellos lo que cimentó sus fantasías transferenciales sobre la flexibilidad de esta nueva relación parental, analítica? Se podría pensar que estábamos hoyando lo que algunos kleinianos contemporáneos llamarían el “territorio intersubjetivo prohibido” de una puesta en acto que simplemente alimenta sus miedos sobre su propia capacidad para destruir la familia (Britton, 1989; Slavin, 2006).

Por el contrario, tal como yo lo veía, habíamos creado juntos una forma de trabajar que nos parecía excepcionalmente sólida y estimulante precisamente porque nos ocupábamos, jugando de manera flexible, de los múltiples potenciales emotivos de la trasgresión, dentro de la relación analítica; más allá de la “realidad” y la “franqueza”. No sentíamos que hubiéramos llegado a entender completamente las tensiones más amplias que rodean a la trasgresión y sus significados mágicos más importantes del Eros y de lo prohibido para Tanya. De todos modos pienso que realmente habíamos encontrado la forma de invocar estos elementos en nuestra relación; de permitir que se desarrollara una relación en la que había una respuesta personal suficiente para ella, un juego prohibido ligero pero suficiente para producir el sentimiento de seguridad concomitante (como en la dialéctica de ritual y espontaneidad de Hoffmann) genuino y real (Hoffmann, 1998).

La nueva narración de la trasgresión en términos relacionales

El libro póstumo de Mitchell *¿Puede durar el amor?* (2002), puede ser considerado un intento por tratar todo el asunto de las escisiones y conflictos entre Eros y apego – incluyendo sus explicaciones edípicas y libidinales – completamente en términos relacionales. Mitchell verdaderamente intenta crear un modelo de la trasgresión erótica para explicar la siempre presente escisión entre el Eros y el apego, sin sustentarlo en los supuestos clásicos sobre la instintualidad libidinal o edípica ni reducirlo a una forma de patología del self.

El modelo de Mitchell sobre la escisión siempre presente entre la pasión romántica y el amor está encuadrado en términos de la dominante necesidad del adulto humano por volver seguras las relaciones amorosas en formas particulares, anti-románticas. Señala la tendencia general a excluir de la relación adulta “segura” muchos de los elementos de incertidumbre y otros peligros psicológicos que, en su opinión, son aspectos intrínsecos de la auténtica intimidad adulta, como son: los caprichos del deseo sexual, la inevitable posibilidad – y en definitiva, la certeza - de la pérdida, la extremada multiplicidad del otro amado y de uno mismo. Además, la necesidad de reconciliar programas de vida básicamente divergentes, y el enfado que todo esto puede provocar, son una amenaza y un desafío. Estas realidades adultas pueden generar un profundo impulso mutuo para crear y mantener una visión de sí mismo y del otro como entidades mucho más conocidas y predecibles de lo que, de hecho, es el caso. La atracción del flirteo transgresor, del ligue arriesgado, es moldeada siguiendo los términos puramente relacionales de Mitchell, un intento por encontrar el sentido de realidad y vivacidad dentro de uno mismo y de los otros que ha sido sofocado por la necesidad de construir – interna e interpersonalmente - versiones del vínculo amoroso tranquilizadamente seguras.

Los persistentes anhelos de Tania por hallar romances fuera de la relación segura con Rob pueden ser comprendidos en términos de los múltiples niveles en que su experiencia la predisponía a co-construir una relación con él que se ajustaba estrechamente a la dinámica relacional adulta descrita por Mitchell. El derrumbe de la cohesión personal de Tanya se originaba en un entorno familiar patentemente insuficiente en objetos del self. Cuando logró una experiencia de sí misma claramente más amplia y flexible, comenzó a encararse con el modo en que su relación adulta con Rob procedía de una estructuración mutua. Se había originado una tensión entre un “realismo” transgresor y peligroso en los flirteos y una estabilidad extrema, una seguridad plana en la relación entre Tanya y Rob. Ambos habían moldeado el personaje de Rob en un modo que excluía prácticamente cualquier rasgo de la alteridad de Rob que fuera más ambiguo o menos predecible; los modos en que ella taponaba la visión de esas facetas relevantes de Rob, que lo mostraran como extraño, aunque ella sintiera intuitivamente que “todo el mundo es un extraño, en el fondo”.

Recordamos que cuando había comenzado a desarrollar un sentido notablemente más fuerte de sí misma, finalmente me dijo: “Francamente, mi mayor miedo ahora es tener que *cerrar los ojos* ante Rob - lo cual, de paso, es inseparable de que él cierre los ojos ante mí - y no querer ver más cosas. Ser creativa significa ver cosas. Y si yo perdiera eso desearía morir con todas mis fuerzas.”

Después de que empezó a trabajar en el fomento de “la otra parte de su cerebro”,

estudiando cursos sobre cosas nuevas – después del maravilloso sueño de auto-consolidación de “la manada de caballos” y el surgimiento de la sensación de rol agente que se señala en el episodio de Jack Nicholson – Tanya se dio cuenta de que “ver cosas” entonces significaba ver cómo su mundo estaba en parte construido, de hecho, sobre su tendencia a ver solo la parte segura y predecible de Rob. Según recordamos, se presentó un periodo de lucha y temor cuando descubrió muchas más cosas sobre el lado menos conocido y seguro de Rob (como cuando él reconoció tener actividades eróticas a través de Internet). Después de un tiempo de peleas y discusiones sobre lo que Rob sentía respecto a su vida en común, Tanya empezó a reconocer y valorar la profunda confianza que últimamente sentía hacia él. Su vida sexual en común – siempre suficientemente buena – ahora parecía mejor. Aunque esta dialéctica de seguridad y peligro en su relación sólo pudo emerger después de muchos años de análisis, no digamos ya cambiarla, fue la señal de un giro esencial cuando ella empezó a utilizar sus propios cambios internos para alterar esta dinámica relacional adulta.

La experiencia erótica de Tanya parecía modificarse sólo después de haber adquirido un sentido suficiente del self y del rol agente personal que le permitiera un poco más de libertad para poner en cuestión el modo en que protegía a Rob y el mundo tan marcadamente seguro que él representaba. El reconocimiento de cómo una sensación ilusoria de seguridad puede producir buenas relaciones en apariencia – eliminando el riesgo, la realidad de la pérdida, el enfado, la agresividad útil, la vitalidad y la pasión romántica – es, como si dijéramos, abrir los ojos de golpe ante la realidad, y esto fue así para Tanya cuando estuvo preparada para verlo.

La aplicación del modelo de Mitchell a la experiencia de Tanya puede todavía dejarnos dudosos sobre el porqué existiría dicha tendencia universal a responder a los peligros de la relación íntima construyendo una seguridad excesiva. Debido a lo que yo creo que era el celo de Mitchell en comprender los desafíos de la vida adulta en términos no reduccionistas (esto es, como un rasgo de la complejidad y de los peligros inherentes a la relación adulta, íntima y duradera) tendía a minimizar la importancia de las fuerzas evolutivas tempranas en la búsqueda de niveles de seguridad que se volvían tan abrumadores que precipitaban la trasgresión erótica como el único camino para experimentar realidad y vitalidad. Goldner (2004) ha argumentado, en esta línea, que en el modelo de Mitchell en verdad no es un exceso de seguridad de algunas relaciones lo que las aleja radicalmente de la pasión romántica. Más bien se trata de la *carencia* de una seguridad genuina, profundamente vivida en la relación doméstica, supuestamente estable, la que la destruye. Los individuos con un estilo de apego inseguro pueden tender a mantener defensivamente definiciones rígidas de sí mismos y de los demás en las relaciones con el fin de prevenir las inseguridades internas que surgen con facilidad en su experiencia relacional. Por tanto, Goldner razona con efectividad contra una visión del modelo de Mitchell que implique que la seguridad relacional y la pasión erótica son básicamente incompatibles.

Ciertamente, el caso de Tanya ilustra cómo un apego inseguro puede llevar a la construcción de un modo de relacionarse defensivamente super-seguro, y la forma en que la vivencia de los flirteos románticos puede oscurecer la existencia de inseguridades dentro de un apego supuestamente seguro, quizá generando incluso una tendencia defensiva adicional a volver romántico el lado trascendente de la experiencia (Goldner, 2004). La conexión de sus flirteos con las funciones del “olor de madre”, con su experiencia de una permanente falta de reconocimiento por ambos padres y su propensión a la ansiedad aniquiladora apoyan la idea de un apego inseguro en Tanya, incluso de forma más

convinciente, debido a los importantes déficit y vulnerabilidades en la organización de la experiencia de sí misma.

Si bien Mitchell puede haber tendido a menospreciar las fuentes evolutivas tempranas en la inseguridad de las relaciones adultas, no es porque dejara de reconocer que pacientes como Tanya llevaran las inseguridades del apego infantil a los desafíos de la relación adulta. Más bien, tal como yo lo veo, estaba intentando centrarse – en términos de una teoría no reduccionista y no pulsional - en cómo, más allá de las ansiedades del apego importadas de la infancia, la dinámica de las relaciones íntimas en el adulto planteaban sus propios y enormes desafíos, desafíos incluso para aquellos de nosotros que, presumiblemente, tenemos un apego relativamente seguro. La cuestión parece ser cuánto riesgo, incertidumbre, pérdida y conflicto son normativos en la relación adulta y, especialmente, qué cantidad de esa inseguridad normativa es gestionada de forma diferente a los apegos de la infancia.

Creo que Mitchell considera que la intimidad sexual adulta, duradera y “suficientemente buena”, debe comprender niveles de incertidumbre sobre la plena identidad del otro y su plan de vida, así como posibilidades de pérdida definitiva y traición que exceden con mucho lo que es normativo en los apegos infantiles. Por tanto, el auténtico significado de “apego seguro” cambia en una manera que lo aparta significativamente de lo que quería decir en la infancia. Desde la perspectiva de Mitchell, la seguridad en el apego erótico del adulto implica el reconocimiento de la naturaleza ilusoria que tienen muchas formas de seguridad. El amor adulto que incorpora totalmente al Eros pasional parecería que implica reconocer, tolerar y a menudo convocar en la relación al extraño separado e independiente. Aunque quizá desde el comienzo de la vida hay una necesidad presente de reconocer la separación del otro y los límites de lo que podemos controlar, es difícil imaginar en los apegos infantiles una necesidad de cultivar y provocar este grado de alteridad. En esta línea, los desafíos de la identidad adulta son, en su opinión, mucho mayores que los del apego parento-filial. En consecuencia, las relaciones adultas tienden mucho más a sus propias fuentes de apego defensivo, marcadamente seguro, llegando a lo que es esencialmente una sobre-acomodación mutua, y, por tanto, es más probable que propicien intentos de trasgresión para encontrar la pasión y la realidad fuera del vínculo supuestamente íntimo. En el modelo de Mitchell, el resultado es una especie de dialéctica relacional entre la seguridad y el peligro con la trasgresión erótica surgiendo cuando se rompe la tensión normal y fluida dentro de una relación íntima.

El modelo dialéctico de la trasgresión erótica, cuando es integrado en las distinciones más nítidas de Goldner entre las versiones defensiva y auténtica de la seguridad en la relación adulta, es totalmente compatible con la justa valoración de las fuentes primitivas de inseguridad profunda y trasgresión erótica, como las que estaban implícitas en la angustia de aniquilación de Tanya. Posteriormente podremos usar el modelo de Mitchell para comprender cómo progresivamente fue siendo capaz de enfrentarse con la dinámica relacional adulta en su relación con Rob, hasta “realmente ver cosas” sobre él.

Cuestiones persistentes sobre los significados de la trasgresión erótica

No cuestiono la utilidad clínica de la teoría de Mitchell sobre el conflicto relacional adulto y su modelo de la huida trasgresora en pos de una realidad que está excluida de una relación íntima en exceso segura. Como el modelo de la psicología del self de raíz intersubjetiva (Atwood, Stolorow y Orange, 2001) el de Mitchell capta aspectos muy

destacados del caso de Tanya y explica la mayor parte del proceso de cambio. Quizá el problema resida en que, al buscar un modelo del conflicto relacional adulto no reduccionista que explique la siempre presente tendencia del Eros a chocar con el apego, su paradigma, aunque lo integremos con la relevancia que concede Goldner (2004) al apego inseguro temprano, todavía puede seguir tendiendo a caracterizar las tensiones entre el Eros y el apego como una forma de patología. En esa medida, creo que pudo desatender un tanto el gran poder y universal encanto de la trasgresión; lo que Tanya nos recuerda es el sentido esperanzado de vivacidad y potencialidad en su experiencia de ir en contra de los límites del erotismo. Me parece que al ocuparse del complejo problema del apego adulto, *Mitchell podía estar dirigiéndose hacia la comprensión más amplia de la cuestión general del apego humano, un nuevo encuadre de la naturaleza del apego y del conflicto tanto en el adulto como en el niño*. En consecuencia, la descripción del Eros y del apego y la trasgresión erótica contenido en *Can Love Last?* Se movía en la dirección correcta, pero paró demasiado pronto.

¿Qué es lo que quiero decir? La demostración de Mitchell de los riesgos inherentes al apego íntimo puede ser vista como los inicios de una brillante exploración fenomenológica sobre las fuentes del conflicto relacional, los comienzos de una teoría sobre el conflicto relacional como la de Benjamin (1995, 2004) que explica la intersubjetividad humana dando cuenta de la ubicuidad del conflicto sin reducirlo a una desviación, un fracaso ambiental temprano o a la mera patología. Pero, para alcanzar este objetivo teórico más amplio puede ser necesario comenzar borrando (o volviendo a borrar) la nueva línea, bastante marcada y brillante – la dicotomía – que el modelo de Mitchell tiende a trazar entre el apego adulto y el infantil. Nuestro objetivo es reducir por cualquier medio las versiones adultas del conflicto en el apego a aquellas propias de la infancia. Por el contrario, necesitamos aplicar y ampliar algunos de los puntos de vista de Mitchell sobre los desafíos implícitos en el apego adulto para captar mejor ciertas dinámicas relacionales de padres e hijos. ¿Implican los denominados “apegos seguros” – tanto en sus versiones infantiles como adultas – incontables peligros inherentes, decepciones y significados ambiguos en relación con los cuales el Eros (*tanto* en sus versiones infantiles como adultas) puede desempeñar un rol vital?

Ni la perspectiva de Mitchell sobre las tensiones implícitas en las relaciones adultas, ni la atención de Goldner en el apego inseguro, se ocupan de por qué el Eros – específicamente – es tan a menudo el vehículo, la forma y la arena en la que llegan a expresarse las tensiones y peligros relacionales. ¿Existe algún modo para entender mejor el rol tan singular y omnipresente que tiene la sexualidad en las tensiones de la relación adulta, así como el rol de la sexualidad infantil que se supone que forma parte de la experiencia edípica? ¿Cuál es la función del erotismo en la sexualidad edípica, en términos de una teoría amplia del conflicto relacional? ¿Qué ocurre con la sexualidad, en un sentido amplio, que la sitúa tan frecuentemente en una posición subversiva?

Eros y apego en un contexto amplio, evolutivo-existencial

Continuando nuestra aproximación al asunto del Eros y la trasgresión – o, en nuestro intento de ampliar el modelo de Mitchell, la *dialéctica* de Eros y apego – necesitamos plantear de alguna manera las siguientes cuestiones (Mayr, 1983): ¿Puede ser ventajoso para nuestra sexualidad formar parte de un sistema evolucionado, adaptativo (en gran medida inconsciente) en el que las tensiones entre Eros y apego son en definitiva beneficiosas? ¿Podemos explicar en detalle alguna de las presiones adaptativas probables –

los desafíos relacionales y existenciales esperables – que pueden hacer adaptativo para nuestra subjetividad el estar organizada sobre ese sistema dialéctico amplio? ¿Los complejos desafíos del desarrollo humano han representado las “presiones selectivas” que han conformado aquellos afectos que incluyen la experiencia erótica y la pasión romántica dentro de una relación dialéctica, una *tensión dialéctica altamente variable*, con otros aspectos del mundo subjetivo; nuestros apegos, valores, compromisos y lealtades? Estas cuestiones son enormemente complicadas. Me centraré en lo que creo que, para nosotros como psicoanalistas, es una forma básica de traducir estas cuestiones, mirar a las cosas desde esta perspectiva.⁴

Nuestro potencial humano para la sobre-acomodación

Durante todo el ciclo vital – desde el claustro materno hasta el final – somos muy dependientes de nuestros vínculos con aquellos otros capaces de ser empáticos, responsivos y de dedicarse a nosotros (literalmente nos construimos a través de ellos), aunque *nunca* compartan plenamente nuestros intereses, necesidades o planes de vida. Debajo incluso de la superficie del más seguro de estos apegos existe un inevitable grado de incertidumbre, variable y cambiante, sobre lo que de forma auténtica y genuina soy “yo” frente a lo que a veces puede parecer “yo” o encajar con lo que otros necesitan que yo experimente y defina como “yo”. Dicho brevemente, la misma forma en que hemos sido “diseñados” (por la selección natural) para convertirnos en humanos mediante la asimilación del mundo subjetivo de los otros nos hace excesivamente vulnerables a la sobre-acomodación al mundo tal como es construido por esos otros (Slavin y Kriegman, 1992; Trivers, 1974; Wrong, 1961).

Eros, angustia de aniquilación y los peligros universales de la sobre-acomodación (o sobre-socialización)

¿Es posible, por tanto, que la tensión que hemos estado explorando, mediante la narración del tratamiento de Tanya y la teoría de Mitchell sobre la dialéctica relacional del peligro y la seguridad, haya evolucionado para contrarrestar esta vulnerabilidad universal humana hacia la sobre-acomodación o sobre-socialización por los propios entornos (familias, relaciones, grupos, culturas) que conforman – que deben conformar – con la mayor profundidad nuestros mundos subjetivos? ¿El sentido de peligro que Mitchell considera inherente al apego adulto íntimo puede, por tanto, reflejar un peligro relacional central al que todos nos debemos enfrentar como parte del desarrollo de una identidad individual humana? Esto es, los peligros implícitos en nuestra capacidad humana para acomodarnos a los apegos vitales, conformadores (la única cosa que nos convierte en humanos). Incluso en los entornos suficientemente buenos (aquellos que *no* atrapan al niño en el rol de un objeto del self parental, o que inducen traumáticamente un apego inseguro) esta necesidad de internalizar lo que el otro – no yo – es, y apegarse a ello, en cierta medida es siempre alienador de lo que son los propios intereses.

Visto desde este contexto relacional universal, es posible considerar la existencia de la tensión entre el romance erótico y el apego sirviendo como un “tambor diferente”, un conjunto de señales adaptativas internas que se sienten en lo profundo y sirven como una importante guía alternativa en la búsqueda del significado de lo que se experimenta en un nivel visceral, según Winnicott (1969), como subjetivamente “verdadero” para las propias capacidades individuales. Esto *no* implica, desde luego, que el Eros romántico sea en ningún caso una guía infalible para la elección de objeto, el interés propio genuino o la

vitalidad afectiva. O que dicha tensión adaptativa no sea abrumada, a veces mucho, durante largos periodos de tiempo por el poder de los apegos e identificaciones construidos sobre la inseguridad. O que el Eros sea la única fuerza universal innata que esté en tensión dialéctica con la tendencia humana a la sobre-acomodación. Más bien sería que las tensiones introducidas por el Eros pueden abrir, y a veces ampliamente, diferentes conjuntos de posibilidades relacionales y emocionales en ciertos momentos cruciales de la vida en los que el inmenso poder de nuestra necesidad de apego e identificación puede volverse una fuerza represiva, cuando ofrece una influencia conformadora por debajo de lo óptimo en nuestra experiencia propia íntima, nuestras elecciones y acciones.

En el curso de la “pérdida” parcial de la naturaleza instintiva y automática de nuestra sexualidad de primates y homínidos tempranos, nuestra experiencia erótica, nuestras pasiones – como en prácticamente todas las facetas de nuestra identidad humana – se volvieron mucho más plásticas y adaptables a la construcción social durante el desarrollo. La influencia de la familia y de la cultura – las mentes de los otros – se volvieron influencias importantes en la fantasía, modelando gran parte de la experiencia interna de nuestras vidas eróticas. No obstante, en comparación con la construcción profundamente social y simbólica de muchos otros aspectos en la identidad humana (nuestra moralidad, concepción del mundo, gustos y valores, etc.) nuestra vida erótica (desde las fuentes de excitación hasta las fantasías y deseos) puede tener una relación con el poder moldeador del entorno relacional algo diferente, adaptativamente distinto. Estoy sugiriendo que quizá el Eros se haya mantenido en una forma – una relación funcional con el resto de nuestra subjetividad – que opera con un grado de separación e independencia parcial y mediante la tensión con otras formas de apego.

El Eros puede ayudar a crear el sentido de las posibilidades alternativas en relaciones (como la de Tanya y Rob) en las que la seguridad ha sido comprada al precio de la necesaria realidad. Desde esta perspectiva, como creo que ocurría con Tanya, hemos sido dotados con la capacidad para activar y *usar* el Eros como un camino para mantener la sensación de vitalidad, posibilidad y esperanza, frente a nuestro potencial universal para experimentar la angustia de aniquilación. El Eros puede ayudar a construir puentes de emergencia, como ocurrió con Tanya... Cuando el entorno relacional temprano fracasa al desempeñar su rol permanente de sustentar la experiencia unitaria de sí mismo – y el precio actual de la seguridad (en las formas en que esté disponible) requiere la supresión indebida de los intereses individuales – se produce un sacrificio excesivo del “self verdadero”.

Un punto de vista adaptativo sobre el conflicto evolutivo (edípico)

El valor psicológico del Eros como parte, junto con el apego, de un sistema tensional – las funciones adaptativas de un Eros no totalmente integrado – se muestra en muchas de las “crisis” vitales evolutivas normativas. La definición del sí mismo debe ser modificada y los apegos íntimos cotidianos deben ser reevaluados en términos de nuestra capacidad para incluir lo que es más vital para nosotros dentro de estas relaciones y de las definiciones del sí mismo que implican. A menudo hemos reconocido que, totalmente aparte de la maduración de las funciones reproductivas, la pubertad y la adolescencia hacen uso del Eros como medio para separarse de la antigua autoridad y de los vínculos objetales más tempranos y menos apropiados (Freud, S., 1905; Freud, A., 1936). La creación de nuevos significados y de una nueva estructura del self (Blos, 1962), y la reconstrucción de los elementos de la engañosa mitología que caracteriza toda cultura familiar (Erikson, 1956,

1972) son, en cierta medida, impulsadas por el Eros adolescente.

Quizá podemos entender la sexualidad edípica como diseñada para hacer uso de las tensiones eróticas, para poner a prueba y desafiar las posibilidades y límites de la red de vínculos que constituyen el entorno familiar. El poder relativo que tenemos como adultos permite que padres, por otra parte, suficientemente buenos utilicen la cultura y el lenguaje para tramar narraciones y moldear la realidad en modos que – desde un punto de vista tan diferente como es el del niño – inevitablemente van a ser algo engañosos y – respecto al mundo interno de los padres – con gran frecuencia un autoengaño (Trivers, 1974). El aspecto erótico del deseo edípico y, en especial, la curiosidad erótica pueden servir para evaluar la responsividad emocional y la adaptabilidad, la relación entre ellos y la autoridad moral. Es decir, la sexualidad edípica puede funcionar como una señal interna que ayude a verificar y tener una mejor información sobre el potencial natural de un niño para la sobre-acomodación (Slavin y Kriegman, 1992, 1998; Slavin, 2006).

De vuelta con Tanya: fantasía, temores y sobre-acomodación maternal

Tanya y yo hemos trabajado juntos a través de los inmensos temores y, posteriormente, alegrías de su primer embarazo y de sus primeros años de maternidad. Tanya se mantuvo firme en que “En cualquier caso nunca me permitiré estar tan absorta como lo estuvo mi madre”. Pero temía que la única alternativa a *no* estar tan absorta como lo había estado su madre pudiera consistir en rendirse totalmente a una forma de maternidad devota que la privara de sí misma y de su vida independiente. Según elaboramos la comprensión del sentimiento de estar atrapada implícito en esta dicotomía, surgió un nivel de miedo más inmediato, vívido y penetrante: “Algo en verdad se apoderará de mí y crecerá en mi interior... de pronto saldrá... y seré totalmente esclava de ello... como una madre para el resto de mi vida.”

Era duro no responder ante la intensidad y naturaleza de los miedos de Tanya con alguna forma de consuelo. Ella, desde luego, casi siempre descubría que los elementos de consuelo racional servían para calmar las angustias del analista. Adivinando mi camino dentro de sus vivencias, tomé conciencia de que yo sentía que incluso sus imágenes de pesadilla sobre el embarazo, como gran parte de su vida de fantasía, representaba su con frecuencia asombrosa capacidad para alcanzar otro nivel de significado, un nivel de realidad humana más profundo y difícil de reconocer.

Los miedos de su embarazo señalaban una justa apreciación de lo que, de hecho, podía pasarle, como a cualquier mujer, durante el embarazo. Le comuniqué mi idea de lo que le podía estar diciendo su mente: que la niña potencial de su interior, como cualquier Otro íntimamente relacionado con ella, sería para ella “un extraño”, como había afirmado muchas veces. En verdad su feto tendría su propio rol agente y su propio plan de vida. Codificado en su terrible imaginación sobre el *alien* que crecía en su interior residía su intensa sensación de las inevitables divergencias subyacentes entre sus necesidades reales y aquellas del hijo potencial, a pesar del amor y de lo mucho que compartirían (Haig, 1993, 1995).

Ahora, como en muchos momentos, la imaginación de Tanya parecía un método para alcanzar las verdades más profundas, aunque tanto ella como muchos otros a menudo responden a esta faceta de su mente como si fuera amenazadoramente loca e irracional. Cuando le propuse esta perspectiva sobre su mente, como cuando encuadramos sus temores adolescentes, Tanya lo experimentó como un refuerzo en su idea de la amplia

validez de su propia visión (por muy loca que pudiera parecer).

Tanya floreció en su embarazo y prosperó su sentido mágico, “aparte del mundo”, de conexión con su hijo en los primeros años de su maternidad. En ocasiones le gustaría recordarme por un rato que: “Mezclados con un montón de otras malditas cosas, cosas nuevas, mezclados con el retrato mucho más completo de mí misma y del mundo, mis anhelos por los mágicos flirteos sexuales propiamente no se han ido. No empieces a creerte que me has curado por completo o algo así. Quizá, ya sabes, estoy conservando todo ese material... como dicen, para más adelante. Quién sabe, quizá lo necesite algún día.”

Como un mundo sin mortalidad, una psique sin la tensión dialéctica entre el romance y el apego podría alterar la condición humana hasta hacer la vida, tal como la conocemos, invivible. El hecho de que a veces nos quedemos adheridos a dicha tensión, e incluso estancados, no debe cegarnos ante los costes inimaginables que supondría una sexualidad humana sobre-acomodada, una que supusiéramos menos errante, no como la de Eva, menos en tensión potencial con nuestros vínculos sociales y los valores compartidos.

REFERENCIAS

- Atwood, G. Stolorow, R., & Orange, D. (2001), Shattered Worlds/ Psychotic States: A Post-Cartesian View of the Experience of Personal Annihilation. *Psychoanalytic Psychology*, (19)2:281–306.
- Benjamin, J. (1995), *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference*. New Haven, CT: Yale University Press.
- _____(2006), Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness. *Psychoanal. Quart.*, 73:5–46.
- Beebe, B., & Lachmann, F. (1988), Mother-infant mutual influence and precursors of psychic structure. In A. Goldberg (ed.), *Frontiers in Self Psychology*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, pp. 3–25.
- Blos, P. (1967), The second individuation process of adolescence. *Psychoanalytic Study of the Child*, 22:162–186.
- Britton, R. (1989), Parental sexuality in the Oedipal complex. In J. Steiner (ed.), *The Oedipus Complex Today*. London: Karnac Books, pp. 83–102.
- Brown, N.O. (1959), *Life Against Death: The Psychoanalytic Meaning of History*. Middletown, CT: Wesleyan University Press.
- Buller, D. J. (2005), *Adapting Minds: Evolutionary Psychology and the Persistent Quest for Human Nature*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Cosmedes, L., & Tooby, J. (1989), From evolution to behavior: Psychology as the missing link. In J. DuPre (ed.), *The Latest on the Best: Essays on Evolution and Optimality*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Erikson, E. (1968), *Identity, Youth and Crisis*. New York: Norton.
- Fosshage, J. (1995), Interaction in psychoanalysis: A broadening horizon. *Psychoanalytic Dialogues*, 5(3):459–478.
- Freud, S. (1905), Three Essays on the Theory of Sexuality. *Standard Edition*, 7:125–243.
- _____(1930), Civilization and its Discontents. *Standard Edition*, 21:51–145.
- Freud, A. (1958), Adolescence. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 13:255–278.
- Ghent, E. (1990). Masochism, submission and surrender: Masochism as a perversion of surrender.

Contemporary Psychoanalysis, 26:108–135.

- Goldner, V. (2004), Attachment and Eros: Opposed or synergistic? *Psychoanalytic Dialogues*, 14(3):381–396.
- Haig, D. (1993), Genetic conflicts of human pregnancy. *Quarterly Review of Biology* 68:495–532.
- _____(1995), Prenatal Power Plays. *Natural History*, 104:39.
- Hoffman, I. Z. (1998), *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Jankowiak, W. R. & Fischer, E. F. (1992), A cross-cultural perspective on romantic love. *Ethnology* 31:149–155.
- Kohut, H. (1977), *The Restoration of the Self*. New York: International Universities Press.
- Lichtenberg, J. (1989), *Psychoanalysis and Motivation*. Hillsdale, NJ; The Analytic Press.
- Marcuse, H. (1955), *Eros and Civilization*. Boston: Beacon Press.
- Mayr, E. (1983), How to carry out the adaptationist program. *American Naturalist*, 121:324–334.
- _____(1988), *Toward a New Philosophy of Biology*. Cambridge, MA: Belknap Press, Harvard.
- Meares, R. (2000), A Linguistic model of self. *Self Psychology*, 2:133–139.
- Mitchell, S. (1993), *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books
- _____(2002), *Can Love Last: The Fate of Romance Over Time*. New York: Norton.
- Ogden, T. (1990), *The Matrix of the Mind*. New York: Jason Aronson.
- Ornstein, A. (1974), The dread to repeat and the new beginning: a contribution to the psychoanalysis of narcissistic personality disorders. *The Annual of Psychoanalysis*, 2:231–248.
- Pinker, S. (2002), *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*. New York: Viking.
- Phillips, A. (1994), *On Flirtation: Psychoanalytic Essays on the Uncommitted Life*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Ridley, M. (2003), *The Red Queen: Sex and the Evolution of Human Nature*. New York: MacMillan.
- Rieff, P. (1959), *Freud: The Mind of the Moralizer*. New York: Viking Press; London: V. Gollancz.
- Slavin, M. O. (2005), Afterword, in L. Aron & A. Harris (eds.), *Relational Psychoanalysis II*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- _____(2006), How a Kleinian analysis tells a relational and intersubjective story: Commentary on paper by Meira Likierman. *Psychoanalytic Dialogues*, 16(4):387–397.
- _____ & Kriegman, D. (1992). *The Adaptive Design of the Human Psyche: Psychoanalysis, Evolutionary Biology, and the Therapeutic Process*. New York: Guilford Press.
- _____ & Kriegman, D. (1998). Why the analyst needs to change: Toward a theory of conflict, negotiation and mutual influence in the therapeutic process. *Psychoanalytic Dialogues*, 8(2):247–284.
- Stern, D. B. (1983), Unformulated experience. *Contemporary Psychoanalysis*, 19:71–99.
- Stolorow, R., Brandchaft, B., & Atwood, G. (1987), *Psychoanalytic Treatment: An Intersubjective Approach*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Trivers, R. (1974), Parent–offspring conflict. *American Zoologist*, 14:249–264.
- Trivers, R. (1985), *Social Evolution*. Menlo Park, NJ: Benjamin Cummings.
- Tronick, E. (1989), Emotions and emotional communication in infants. *American Psychologist*,

44(2):112–119.

Winnicott, D.W. (1958), Transitional objects and transitional phenomena. In M. Kahn, ed., *Through Pediatrics to Psychoanalysis*. New York: Basic Books (pp. 229–243).

_____ (1969), The use of an object and relating through identifications. In *Playing and Reality*. Middlesex, UK: Penguin (pp. 101–111).

Wrong, D. (1961), The oversocialized conception of man in modern sociology. *American Sociological Review*, 26:183–193.

NOTAS

¹ Publicado originalmente como: Slavin, Malcolm Owen (2006). 'Tanya and the Adaptive Dialectic of Romantic Passion and Secure Attachment', *Psychoanalytic Dialogues*, 16: 6, 793-824 (2007). Publicación on-line: 5 de Abril de 2007. Reproducido y traducido con permiso del autor y del editorial propietaria de los derechos (Taylor & Francis, <http://www.informaworld.com>). Traducción castellana de Carlos Rodríguez Sutil, a partir de una colaboración parcial en su primera parte, revisada, de Frank García-Castrillón.

² Malcolm Owen Slavin, Doctor en Psicología, es el fundador, anterior Presidente, Profesor y Analista Supervisor del Instituto de Psicoanálisis de Massachusetts, MIP. Preside un Programa de Becarios postgraduados en el MIP diseñado para introducir a los terapeutas y académicos más allá de la comunidad analítica en un enfoque comparativo con el psicoanálisis. El Dr. Slavin ha escrito ampliamente sobre las formas en que puede usarse la biología evolucionista contemporánea para iluminar, criticar y re-encuadrar en el psicoanálisis muchos conceptos teóricos, actitudes y aspectos clínicos. Su libro *The Adaptive Design of the Human Psyche: Psychoanalysis, Evolutionary Biology and the Therapeutic Process*, así como otros trabajos recientes, exploran las implicaciones de trabajar en la clínica con las aportaciones de un punto de vista adaptativo-evolucionista sobre la naturaleza humana. El Dr. Slavin forma parte del Comité de Dirección de la *International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy* (IARPP) y del *International Council for Psychoanalytic Self Psychology*. Es Co-Editor de la revista *Psychoanalytic Dialogues* y está en los consejos editoriales de *Gender and Psychoanalysis* y *The International Journal of the Psychology of the Self*. Dirección de contacto: 112 Lakeview Ave. Cambridge, MA 02138 malslavin@aol.com

³ N. de T: El autor está jugando con la semejanza entre las palabras “nerve” (valor) y “verve” (brío).

⁴ Los teóricos de la evolución en la actualidad consideran generalmente que el tamaño y la complejidad cognitiva del cerebro humano *no* evolucionaron principalmente para el uso de herramientas o para la caza, como tal, sino, más bien, para proporcionar las capacidades cognitivas, imaginativas y emocionales con que construir un mundo subjetivo de significados humanos compartido y para negociar el territorio increíblemente complejo de las relaciones sociales (Trivers, 1985; Cosmedes y Tooby, 1989). Es dentro de este contexto esencialmente cultural y simbólico, el mundo de los significados humanos interrelacionados y de la imaginación, en el que contemplamos los nuevos acuerdos sociales y las nuevas tecnologías; como las reglas, roles y técnicas de la caza cooperativa y del compartir recíproco. Muchos de estos teóricos evolutivos han empezado a reconocer el inmenso desafío cognitivo y emocional que supone negociar el conocimiento humano y el intercambio al nivel del cerebro y de la conducta social (Bullet, 2005). Sus modelos apenas comienzan a considerar la inmensa complejidad de la subjetividad humana, entendida como un sistema evolucionado, interno, dinámico – el sistema interno que nos permite formar apegos profundos y duraderos (y estar totalmente abiertos a su profunda influencia) y, al mismo tiempo, conservar una capacidad de adaptación para mantenernos libres y sintonizados con nuestras propias necesidades en cuanto invariablemente difieren– y potencialmente chocan - con los otros relevantes.